

»del cuerpo de ejército que á él enviamos. Como os lo he  
»dicho ya en el despacho á que contesta la comunicacion  
»de Mr. Seward, depende mucho del gobierno federal el  
»facilitar en este punto el cumplimiento del deseo que nos  
»ha expresado.»

Continuaba M. Drouyn de Lhuys manifestando que el gobierno francés daría por terminada la mision del ejército expedicionario en Méjico en cuanto estuviesen terminados «con el emperador Maximiliano los arreglos que satisficiesen los intereses y la dignidad de la Francia;» y terminaba su despacho, diciendo que, «confiando en el espíritu de equidad que animaba al gabinete de Washington, esperaba de él la seguridad de que el pueblo norteamericano se conformaría con la ley que invocaba, manteniendo respecto de Méjico, una estricta neutralidad.»

1866.

Enero.

Al fin el gobierno de Napoleon, deseando acallar la constante grito de la oposicion en Francia, y desprenderse de una empresa que le traía serios compromisos y le costaba grandes sumas, accedió á los deseos del gabinete de Washington, sin insistir ya en el reconocimiento del gobierno de Maximiliano. El emperador Napoleon anunció su resolucion, publicando en el periódico *El Monitor* una nota dirigida al gobierno francés y no al de los Estados-Unidos.

Resuelta la retirada de las tropas francesas, hubo en París desde principios de 1866 frecuentes conferencias entre el ministro norteamericano cerca del gobierno francés y el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, á fin de ponerse de acuerdo en la manera que debería efectuarse la evacuacion. Se trató al principio de

formar un convenio con el emperador Maximiliano, fijando un plazo dentro del cual se efectuaría definitivamente la salida de las tropas francesas del territorio mejicano. Durante ese tiempo habría de constituirse fuerte y sólidamente el imperio, á fin de que el gabinete de Washington pudiera apreciar la solidez y firmeza de su gobierno, ó de lo contrario, y al vencimiento del expresado plazo, quedaria aquel completamente abandonado.

Cuando D. José Hidalgo, ministro de Méjico cerca de la Corte de las Tullerías, marchó para Méjico llamado, como dejo dicho, por Maximiliano, la intencion del gobierno francés era limitar su accion á lo estipulado en la convenion de Miramar, y así se lo dijo el ministro de Negocios Extranjeros M. Drouyn de Lhuys; pero viendo crecer notablemente en Francia el disgusto por la permanencia de las tropas expedicionarias en Méjico y queriendo evitar una cuestion con los Estados-Unidos, cuando en Europa podía verse complicado en cuestiones serias, se propuso anunciar en el discurso de apertura de las Cámaras francesas la época en que debía retirarse de Méjico el ejército francés, sin pararse en ninguna consideracion. Había resuelto salir de la difícil situacion en que se encontraba, y se propuso hacerlo. Convocadas las Cámaras para el 22 de Enero, el emperador en su discurso, anunció en los siguientes términos la retirada de las tropas:

1866.

Enero.

«El gobierno fundado por la voluntad del pueblo en Méjico, se consolida: vencidos y dispersos los disidentes, no tienen ya jefe: las tropas nacionales han manifestado su valor, y el país ha encontrado garantías de orden y de seguridad, que han de-

sarrollado sus recursos y hecho subir su comercio de veinticinco á sesenta y siete millones con Francia solamente.

«Como me prometía el año anterior, nuestra expedición toca á su término. Estoy en tratos con el emperador Maximiliano para fijar la salida de nuestras tropas, á fin de que su regreso se verifique sin comprometer los intereses franceses que hemos ido á defender en aquel lejano país.

«La América del Norte, que ha salido victoriosa de una lucha formidable, ha establecido la antigua union y proclamado solemnemente la abolicion de la esclavitud. La Francia, que no olvida ninguna notable página de su historia, hace votos sinceros por la prosperidad de la gran república americana y por la conservacion de relaciones amistosas, que serán muy pronto seculares.

«La emocion causada en los Estados-Unidos por la presencia de nuestro ejército en el suelo mejicano, se calmará ante la franqueza de nuestras declaraciones. El pueblo norte-americano comprenderá que nuestra expedición, á la cual le habíamos invitado, no era opuesta á sus intereses. Dos naciones igualmente celosas de su independencia, deben evitar toda gestion que comprometa su dignidad y su honor.»

Dando á conocer luego la situacion que guardaba el imperio en Méjico, confirmaba con las siguientes significativas palabras lo que había dicho el ministro de Negocios Extranjeros M. Drouyn de Lhuys en sus notas diplomáticas: «Cuando el gobierno emprendió la expedición á Méjico, se ha propuesto un fin, al cual ha subordinado su

conducta desde el principio y de que dependen hoy sus decisiones. Hemos ido á Méjico á pedir reparacion, no á hacer proselitismo monárquico. Nuestras tropas no están en Méjico á título de intervencion: El gobierno se ha opuesto constantemente á esa doctrina, como contraria á los principios fundamentales de nuestro derecho público. Cuando se hayan tomado, de acuerdo con el emperador Maximiliano, las medidas necesarias para asegurar las garantías y las seguridades que reclaman los intereses de nuestros nacionales, entonces será fácil fijar la vuelta del cuerpo expedicionario.»

1866. El mariscal y senador Forey, durante su  
Enero. ya permanencia en Méjico había adoptado la Junta de Notables el sistema monárquico y elegido á Maximiliano por emperador, pronunció en la discusion del mensaje del Senado francés, un discurso que causó bastante impresion. En ese discurso el mariscal Forey se oponía al regreso de las tropas expedicionarias á Francia mientras en Méjico no estuviese organizado un respetable ejército nacional, pues de otra manera, la retirada de las fuerzas francesas en un breve plazo, produciría, segun su juicio, la caída del trono de Maximiliano. Forey opinaba que el gobierno francés debía enviar nuevos refuerzos en vez de retirar su ejército expedicionario; y terminó su discurso diciendo que Francia debía resolverse á hacer nuevos sacrificios de dinero para asegurar la situacion que había fundado á costa de notables esfuerzos. Las palabras del mariscal Forey causaron, como he dicho, notable sensacion; pero como el emperador Napoleon había dicho pocos dias antes en su discurso todo lo contrario y la opinion pública

de Francia se había declarado por el regreso de las tropas expedicionarias, M. Rouher juzgó conveniente declarar, en nombre del gobierno, que declinaba en el mariscal Forey la responsabilidad de sus palabras.

Resuelta la retirada de las tropas francesas despues de quedar asegurados los intereses franceses, el gobierno de Napoleon dió al baron de Saillard la mision de que pasase á Méjico á tratar con Maximiliano el arreglo de los asuntos pendientes entre aquel país y la Francia, para poder anunciar en seguida, oficialmente, la evacuacion.

1866. El baron de Saillard se embarcó sin pérdida de tiempo para Méjico, y llegó á Veracruz el 9 de Febrero. En el mismo día recibió el emperador Maximiliano un telégrama de aquel puerto en que se le anunciaba la llegada del expresado baron y de la Comision de Bélgica, que iba á notificarle el advenimiento de Leopoldo II al trono.

No bien llegó á la capital el baron Saillard cuando ya circuló por todas partes la noticia de la mision que llevaba. La determinacion del gobierno francés causó profunda impresion en la sociedad y extraordinario enojo en Maximiliano. Todos hasta entonces habían estado en la persuacion de que Francia, por dignidad y decoro, seguiría prestando al emperador de Méjico, cuando ménos el apoyo arreglado en el Convenio de Miramar; pero monsieur Drouyn de Lhuys en despacho que dirigió en 16 de Febrero al ministro de Francia en Méjico, le decía lo siguiente para que lo trascribiera á Maximiliano:

«En los momentos en que le escribo á V. este despacho, el Sr. Baron Saillard ha debido llegar á Méjico: las

instrucciones del Gobierno del Emperador le son á V., pues, conocidas. S. M. ha tenido especial cuidado de informar por sí mismo de sus resoluciones, á los altos cuerpos del Estado en el discurso que pronunció al inaugurar la legislatura actual. Mi mision se reduce hoy, por lo tanto, á confirmar á V. las instrucciones contenidas en mis despachos del catorce y del quince de Enero, y recomendarle que concierte sin demora con el Gobierno mejicano los arreglos necesarios para llevar á efecto las miras del Emperador.

»El deseo de S. M. como ya sabe V., es que la evacuacion pueda principiarse hácia el otoño próximo, y que quede terminada lo más pronto posible. Debe V. entenderse con el mariscal Bazaine para fijar los términos sucesivos, de acuerdo con el emperador Maximiliano. Dificil me sería explanar aquí las consideraciones diversas que es preciso tener en cuenta para dirigir esta operacion: las unas, de carácter puramente militar y técnico, son de competencia exclusiva del Mariscal, comandante en jefe de nuestro ejército; las otras, de un carácter más político, quedan sometidas á las apreciaciones comunes de VV., ilustradas por el perfecto conocimiento que tienen de las circunstancias locales y de las necesidades que ellas imponen.

1866. »Importa al mismo tiempo, Sr. Ministro, Febrero. hacer el balance de la situacion financiera, y determinar las garantías que reclama la seguridad de nuestros créditos. No habiéndose realizado las previsiones del Convenio de Miramar, es preciso recurrir á combinaciones distintas para asegurar el reembolso de nuestros

adelantos, y al mismo tiempo atender, en interés del crédito mejicano, al pago regular de los vencimientos de la deuda contratada por los empréstitos de 1864 y 1865. M. Langlais recibirá del Ministro de Hacienda, por este mismo correo, instrucciones detalladas, que tiene orden de comunicar á V. Deberá V., pues, convenir con él los medios de asegurar su ejecucion. El Gobierno del Emperador ha pensado que la combinacion más sencilla y ménos onerosa para el Gobierno mejicano, sería la de entregarnos la administracion de las aduanas de Veracruz y Tampico, ú otras que se creyeran convenientes, cediéndonos la mitad de sus productos, de los que se destinaría una parte al pago de los intereses al 3 por 100 de nuestros créditos (cuyo capital se valúa en doscientos veinte millones,) quedando el resto como garantía parcial de los réditos que deben percibir los tenedores de títulos de los empréstitos de 1864 y 1865. Administradas por nosotros con el debido celo dichas aduanas, debe esperarse que produzcan aun recursos importantes, despues de cubiertas las obligaciones que indicamos. Debe V., pues, convenir con el Gobierno de Méjico los arreglos necesarios, á fin de que dicha delegacion nos sea regularmente conferida.

»Ultimados estos conciertos, y protegidos debidamente los intereses franceses, el Gobierno del Emperador no dejará de manifestar, como hasta aquí, de la manera más eficaz, todas las simpatías que inspiran á S. M. la persona del Soberano de Méjico y la empresa generosa á que se ha consagrado. Encargo á V., Sr. Ministro, que dé, en nombre de su S. M., estas seguridades al emperador Maximiliano.»

1866. Poco generosa era la manera con que el  
 Febrero. emperador Napoleon trataba de arreglar sus asuntos con el de Méjico. No sólo le imponía la ley, faltando á lo estipulado en el Convenio de Miramar, sinó que trataba de que se humillara entregando las aduanas del país entero á empleados franceses, privándole de todo recurso pecuniario. No se comprende como Napoleon III pudo imaginarse que la operacion más sencilla y ménos onerosa para el gobierno mejicano fuese *la entrega de la administracion de las aduanas*, cuando sin los productos de esas aduanas no era posible que atendiera ni aun al pago de su corto ejército.

Mucho disgustó á Maximiliano la determinacion tomada por Napoleon de retirar sus tropas; pero no perdió la esperanza de hacerle desistir de su intento y que continuase dándole su apoyo por el tiempo determinado en el tratado de Miramar.

Entre tanto había manifestado á D. José Hidalgo que estaba resuelto á cambiar de politica, y le pidió que le indicara las personas que en su concepto fuesen más apropósito para desempeñar elevados cargos. D. José Hidalgo le contestó que no podía hacerlo «porque no los conocía habiendo estado ausente diez y ocho años; que lo que opinaba era que se adoptase una marcha de acuerdo con Francia, removiendo la desconfianza constante que había hácia esa nacion; que se adoptase una politica liberal y conservadora, expansiva y de conciliacion; pero no admitiendo sin garantías de buena fé y de patriotismo, para no exponerse á las consecuencias que de muchos de ellos se deploraban, á los que de la noche á la mañana

aceptaban los puestos públicos. Maximiliano escuchó atentamente á D. José Hidalgo, y se manifestó como dispuesto á ocupar á los conservadores. Pocos días despues de esta entrevista, el emperador, aconsejado por algunos que le rodeaban y que habian presentado como inconveniente á la política el que el Sr. Hidalgo continuara de ministro cerca del gabinete de las Tullerías, trató de hacerle permanecer en el país, y para conseguirlo, le dirigió el gobierno una comunicacion en que le decia que en union de D. Teodosio Láres, hiciera un tratado de comercio y navegacion con el ministro de Francia en Méjico, teniendo en consideracion las buenas relaciones que unían á los dos países.

Sorprende ciertamente que Maximiliano calificase de buenas relaciones las que existían entre su gobierno y el de Francia, cuando este acababa de manifestarle que iba á retirar sus tropas sin respetar ni aun lo estipulado en el Convenio de Miramar. Ni D. José Hidalgo, ni D. Teodosio Láres, hombre de ideas enteramente conservadoras y modelo de probidad, quisieron aceptar la comision; y el primero, comprendiendo que lo que se trataba era de impedir que volviese á Paris, envió su renuncia de la legacion el día 28 de Febrero que inmediatamente le fué aceptada. Entonces Maximiliano, con el mismo objeto de detenerle en Méjico, quiso nombrarle consejero de Estado; pero se negó absolutamente á ello.

Aunque Maximiliano al hablar con D. José Hidalgo, se mostrase, segun lo dicho, como inclinado á acercarse al partido conservador, estaba muy léjos de abrigar ese

pensamiento. Veía las continuas presentaciones de jefes republicanos, y no dudando que ellas eran el resultado de haberse rodeado de hombres que habian pertenecido al partido republicano, y sin fijarse en que muchos de los que se habian presentado, habian vuelto á unirse á sus antiguos compañeros de armas, esperaba con firme fé que muy en breve ño habria quien combatiese contra el trono.

En aquel mismo mes de Febrero, pocos días antes de que llegase á Méjico el baron Saillard y se tuviese noticia de la mision que le habia confiado Napoleon, se sometió al imperio con la fuerza que militaba á sus órdenes, el jefe republicano que hacia la campaña en Xochiapulco y Tetela. Pocos días antes, y procedentes de Papantla, se habian presentado en la comandancia superior de los distritos de Veracruz y Jalapa, para retirarse á la vida privada, los tenientes coroneles D. Rafael Estrada, D. Manuel Teran y D. Angel Lucido y Cambas, siete capitanes, tres tenientes, varios sargentos y algunos soldados.

Una victoria alcanzada el día 20 de Febrero por el general imperialista D. Ramon Mendez, sirvió para aumentar en Maximiliano la confianza que tenia de que en breve no tendria contrario alguno á quien combatir. El general republicano Régules, despues del descalabro que sufrió el 28 de Enero en el campo de la Palma y cerro de San Ignacio, se propuso dar un terrible golpe al que le habia derrotado. Animado por este deseo, aumentó su mermada brigada con todas las demás que se hallaban en el estado de Michoacan, así como con las de Valiles y otras partidas que hizo ir hasta de los pueblos más léjanos del Sur,

y formando con todas una fuerza de más de tres mil hombres, tomó posiciones en la loma de la Magdalena, situada en el llano de Uruapcan, á tres cuartos de legua y hácia el Sur de esta poblacion, presentando batalla al general D. Ramon Mendez, que siempre andaba en su seguimiento. Con Régules se hallaba D. Vicente Riva Palacio, y ambos eran los jefes que debían dirigir la accion. El general imperialista D. Ramon Mendez practicó un reconocimiento del campo protegido por sus tiradores que repartió en diversas direcciones, y tomó la iniciativa mandando hacer varios disparos de cañon con cuatro piezas de artillería que llevaba. No habiendo causado daño alguno aquellos tiros por haber ido en direccion muy alta, los jefes republicanos sacaron su infantería de los parapetos que

1866. la resguardaban, la organizaron en tres fuer-  
Febrero. tes columnas, formaron otras tres de caballería y con todas ellas avanzaron resueltamente sobre el centro, los flancos y la retaguardia de los imperialistas: éstos esperaron resueltos á sus contrarios, y cuando los vieron á distancia de cuarenta pasos rompieron un nutrido y certero fuego sobre ellos. La lucha fué terrible, y por ambas partes se combatió con extraordinario valor, por espacio de más de tres horas. La victoria al fin se decidió por los imperialistas, «no porque hubiese faltado resolución á las fuerzas republicanas,» como confiesa ingénuamente el mismo general Mendez, «pues combatieron con un denuedo extraordinario,» sinó porque la fortuna quiso favorecer á los soldados del imperio. Las fuerzas republicanas se retiraron dejando sobre el campo de batalla mucho armamento y municiones, doscientos muertos, en-

tre ellos muchos jefes y oficiales; y ascendiendo á trescientos hombres el número de prisioneros. Los imperialistas tuvieron ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, entre ellos muchos oficiales, lo que prueba lo reñida que fué la accion.

En los demás estados no había habido ningun hecho de armas digno de mencionarse en el mes de Febrero y aun las ligeras escaramuzas habían sido en número insignificante.

1866. El emperador Maximiliano abrigaba, en  
Marzo. consecuencia, grande esperanza de que en vista de que las fuerzas republicanas se veian de continuo perseguidas y reducido el gobierno á la corta aldea de Paso del Norte, el gobierno de los Estados-Unidos reconoceria el suyo, que era la dificultad que se había levantado en su camino. Ni la mision que había llevado á Méjico el baron Saillard, ni el hecho reciente cometido por fuerzas norte-americanas en la villa de Bagdad, sin que el gabinete de Washington hubiera dado una satisfaccion cumplida ni á su gobierno ni á Francia, podían hacerle cambiar de idea. Su preocupacion en este punto era extrema; y léjos de imaginarse que pudieran los Estados-Unidos provocar una guerra, creía que todo lo que el gobierno norte-americano hacía era pura *estrategia*. La emperatriz que participaba, en esto, de la opinion de Maximiliano, se lo decía así á mediados de Marzo, á una señora de Bruselas. Firme en su creencia, esperaba la realizacion de su esperanza, y el periódico oficial *El Diario del imperio*, publicó el día 2 de Marzo un artículo que decía, que «el presidente Johnson había abandonado toda idea de soste-